

**El problema de “las ideas fuera de lugar” revisitado  
Más allá de la “historia de ideas”<sup>1</sup>**

Elías José Palti  
UNQui / CONICET  
Presentado en el Seminario de Historia Intelectual  
El Colegio de México  
Enero de 2002

“El cambio producido en esta rama de la historiografía en las dos décadas pasadas puede caracterizarse como un movimiento que lleva de enfatizar la historia del pensamiento (o, más crudamente, ‘de ideas’) a enfatizar algo diferente, para lo cual ‘historia del habla’ o ‘historia del discurso’, aunque ninguno de ellos carece de problemas o resulta irreprochable, pueden ser los mejores términos hasta ahora hallados”

J.G.A. Pocock (*Virtue, Commerce and History*)

En 1973 Roberto Schwarz publicó un trabajo que marcó profundamente a toda una generación de pensadores en América Latina, “As idéias fora do lugar”.<sup>2</sup> Éste, en un principio, tenía por objeto proveer bases teóricas para aquellos pensadores que, desde una postura “progresista”, intentaban contrarrestar la fuerte influencia que en los años sesenta y setenta ejercieron las tendencias nacionalistas en las organizaciones de

---

<sup>1</sup>Agradezco por sus comentarios a Isabel Quintana, Erika Pani, a los miembros del “Seminario de historia de las ideas, los intelectuales y la cultura” del Instituto “Dr. E. Ravignani” de la UBA y a los participantes del seminario sobre Historia Atlántica que, bajo el título de “The Circulation of Ideas”, se realizó en agosto de 2000 en la Universidad de Harvard.

<sup>2</sup>Schwarz, “As idéias fora do lugar,” *Estudos Cebrap* 3 (1973), reimpresso en *Ao vencedor as batatas. Forma literária e processo social nos inícios do romance brasileiro* (San Pablo: Livraria Duas Cidades,

izquierda.<sup>3</sup> Pero el concepto de “ideas fuera de lugar” pronto expandió sus alcances revelándose particularmente productivo para teorizar el desenvolvimiento problemático de las ideas en la historia latinoamericana. A un cuarto de siglo, la contribución de Schwarz en este sentido necesita, no obstante, ser reevaluada. En el curso de los últimos años, la pérdida aparente de centralidad de los estados nacionales ha ayudado a hacer manifiesta la complejidad inherente a los procesos de intercambio cultural oculta tras una perspectiva que tendió a concebir los mismos exclusivamente en términos de relaciones inter-nacionales. Por otro lado, esto coincide con la emergencia de una serie de nuevos conceptos, aportados por aquellas disciplinas dedicadas específicamente a analizar dichos procesos, que nos obligan a reconsiderar algunos de los supuestos implícitos en su perspectiva y reformular la misma.

El objeto de este trabajo es intentar explorar, a la luz de las realidades producidas en este último fin de siglo, nuevos enfoques relativos a la dinámica de los procesos de intercambio cultural en las zonas periféricas, utilizando para ello herramientas conceptuales provistas por los desarrollos recientes producidos en las disciplinas y teorías en el área. Como se intenta demostrar, el concepto de Schwarz contiene algunas falencias derivadas de una teoría lingüística decididamente cruda (inherente a la historia de “ideas”) que reduce el lenguaje a su función meramente referencial. Una distinción más precisa de niveles de lenguaje permitirá revelar aspectos y problemas obliterados por dicha perspectiva. Sin embargo, entiendo que la propuesta de Schwarz puede aún desglosarse de sus presupuestos lingüísticos y reelaborarse, proveyendo así un marco teórico más sofisticado para comprender la complejidad inherente a los procesos de intercambio cultural, y, más específicamente, el tipo de dinámica problemática de las ideas que Schwarz se propuso analizar.

---

2000), 9-32. La paginación utilizada corresponde a esta última edición.

<sup>3</sup>Véase Schwarz, “Cultura e política, 1964-1969,” *O pai de família e outros estudos* (San Pablo: Paz e Terra, 1992), 61-92.

### **De lugares y no-lugares de las ideas**

Para comprender el sentido del concepto de Schwarz de “las ideas fuera de lugar” es necesario situarlo en el marco conceptual en que el mismo surge. Schwarz buscaba mediante dicho concepto, básicamente, traducir en clave cultural los postulados de la llamada “teoría de la dependencia”, cuyo núcleo se gestó en el “Seminario de Marx” organizado en los años ´60 en San Pablo (y del que él participó). Dicha teoría, como se sabe, se orientaba a discutir las tesis “dualistas” del desarrollo capitalista que comprendían a las zonas periféricas como meros resabios precapitalistas que tendían históricamente a desaparecer (con lo que, se suponía, en la región habría de reproducirse, al menos idealmente, el modelo de desarrollo de los países centrales). Los sostenedores de la teoría de la dependencia postulaban, por el contrario, la existencia de una dinámica compleja entre “centro” y “periferia”, constituyendo, ambos, instancias inherentes a un mismo proceso de desarrollo capitalista, formando así un único sistema interconectado. Lo “periférico” sería, pues, una creación del propio sistema capitalista; su carácter como tal estaría determinado no por su origen (precapitalista) sino por su posición actual en el sistema económico mundial.<sup>4</sup> Las consecuencias paradójicas de la modernización en la región indicarían así no tanto una “anomalía local” sino que harían manifiestas contradicciones propias al mismo sistema capitalista. “Desde esta perspectiva”, señalaría Schwarz posteriormente en un artículo suyo, “la escena brasileña arroja una luz reveladora sobre las nociones metropolitanas canónicas de civilización, progreso, cultura, liberalismo, etc.”.<sup>5</sup>

El aporte específico de Schwarz consistió en percibir el potencial contenido en los postulados dependentistas, que hasta entonces se habían aplicado exclusivamente al

---

<sup>4</sup>Esta perspectiva se tradujo en un trabajo de revisión historiográfica que cambió fundamentalmente nuestra imagen del siglo XIX brasileño. Los estudios realizados por los miembros de este grupo girarían, básicamente, en torno al objetivo de demostrar hasta qué punto la esclavitud en Brasil fue funcional al sistema capitalista.

campo de la historia económica y social, para el ámbito de la crítica literaria y la teoría cultural. Éstos le permitirían, fundamentalmente, desmontar los esquemas romántico-nacionalistas sobre los que hasta entonces se fundaban todas las historias de la literatura brasileña y que llevaban a ver a la misma como la épica del progresivo autodescubrimiento de un ser nacional oprimido bajo la malla de categorías “importadas”, extrañas a la realidad local.

Su objeto último era refutar la creencia nacionalista de que bastaría a los latinoamericanos con desprendernos de nuestros “ropajes extranjeros” para encontrar nuestra “verdadera esencia interior”.<sup>6</sup> Siguiendo los postulados dependientistas, para él no cabe hablar de una “cultura nacional brasileña” preexistente a la cultura occidental. Aquella no sólo es históricamente un resultado de la expansión de ésta sino que forma parte integral de la misma (“en estética como en política”, dice, “el tercer mundo es parte orgánica de la escena contemporánea”).<sup>7</sup> Así, en el ámbito cultural operaría una dialéctica compleja entre lo “extraño” y lo “propio” análoga al político-social. Como señala respecto de las ideas liberales en América Latina (que son las que se encuentran en el fondo de este debate), “de nada sirve insistir en su obvia falsedad”; de lo que se trata, en cambio, dice, es “observar su dinámica, de la cual su falsedad es un componente verdadero”.<sup>8</sup> Si bien la adopción de conceptos extraños genera, efectivamente, graves distorsiones, el punto, para él, es que el distorsionar conceptualmente nuestra realidad no es algo que los latinoamericanos podamos evitar.

---

<sup>5</sup>Schwarz, “A nota específica” (1998), *Seqüências*, 153.

<sup>6</sup>“Más allá de sus diferencias”, decía, “ambas tendencia nacionalistas [de izquierda y de derecha] convergían en la esperanza de lograr su meta eliminando todo lo que no fuera indígena. El residuo sería la esencia brasileña” (Schwarz, “Nacional por subtração”, *Que horas são?*, 33). Observando retrospectivamente aquella época en que los nacionalismos desarrollistas estaban aún en auge, señala que “reinaba veinte años atrás un espíritu combativo según el cual el progreso resultaría en una especie de reconquista, o mejor, de expulsión de los invasores. Rechazado el imperialismo, neutralizadas las formas mercantiles e industriales de la cultura que le corresponden y aislada la burguesía antinacional aliada del primero, estaría todo listo para desenvolverse la cultura nacional verdadera, *desnaturalizada por los elementos precedentes, entendidos como cuerpos extraños*” (*Ibid*, 32)

<sup>7</sup>Schwarz, “Existe uma estética do terceiro mundo?” (1980), *Que horas são?*, 128.

<sup>8</sup>Schwarz, “As idéias fora de lugar”, *Ao vencedor as batatas*, 26.

Por el contrario, es precisamente en tales distorsiones, en el denominar la realidad local con nombres siempre impropios, que yace la especificidad latinoamericana, en general, y la brasileña en particular. A los brasileños, dice, “se los reconoce como tales en sus distorsiones particulares”.<sup>9</sup>

Este concepto guarda, en realidad, relaciones complejas con los postulados dependentistas. Aunque resulta perfectamente compatible con los mismos, no se sigue directamente de ellos. Su sólo traslado del plano económico-social al ámbito cultural imponía ya una cierta refracción particular a los mismos, introducía una cierta torsión dentro de esa teoría. En este caso, su intervención marcadamente antiesencialista y antinacionalista se sostendría en el argumento de que toda representación de la realidad supone siempre un determinado marco teórico. Y, en América Latina, dicho marco estaría provisto por sistemas de pensamiento originariamente extraños a la realidad nativa. De allí que para Schwarz los latinoamericanos estemos condenados a “copiar”, es decir, a pensar equívocamente, usando categorías inevitablemente inadecuados a la realidad que se intenta representar.

Esta última afirmación, sin embargo, no sería igualmente evidente incluso para muchos de los cultores de dicha corriente (en definitiva, la dependentista, como toda otra teoría, se diría de muchos modos). Poco después de la publicación del artículo de Schwarz aparece en *Cuadernos de Debate* un trabajo de Maria Sylvia de Carvalho Franco cuyo título es ya ilustrativo: “As idéias estão no lugar”.<sup>10</sup> Como estudiosa del orden esclavista en Brasil, Carvalho Franco había sistemáticamente rechazado, siguiendo en esto también los postulados dependentistas, no sólo la hipótesis de que el esclavismo hubiera sido contradictorio con el proceso de expansión capitalista, sino también que las ideas liberales hubieran estado “desajustadas” en el Brasil decimonónico. Para Carvalho Franco, las ideas liberales y abolicionistas no eran ni más ni menos extrañas a Brasil, no estaban ni mejor ni peor ajustadas al contexto local que

---

<sup>9</sup>Schwarz, “As idéias fora de lugar”, *Ao vencedor as batatas*, 21.

las corrientes esclavistas. Unas y otras formaban parte integral de la compleja realidad brasileña. Según afirma, con su concepto de “las ideas fuera de lugar” Schwarz terminaría, de hecho, recayendo en el tipo de dualismo que intentaba precisamente combatir, esto es, en el postulado de “los dos Brasiles”: al Brasil “artificial” de las ideas (y la política)—liberal—le opondría el Brasil “real” (social)—esclavista.

En definitiva, la polémica desatada por Carvalho Franco plantea un problema metodológico más general. Las ideas, para esta autora, jamás están “fuera de lugar” por el sencillo hecho de que si las mismas pueden eventualmente circular socialmente en un medio dado es porque sirven a algún propósito en él, es decir, porque existen ya en éste condiciones para su recepción. La antinomia entre “ideas” y “realidades” en que el concepto de Schwarz se sostiene sería así falsa; ambos términos no serían nunca completamente extraños entre sí.

La crítica de Carvalho Franco apunta, en fin, al núcleo argumental de Schwarz, puesto que parte de sus mismos postulados para terminar extrayendo conclusiones opuestas. Y ésta lo perseguirá a lo largo de toda su trayectoria intelectual, determinado sus sucesivas reelaboraciones. Como señala Paulo Arantes en *Sentimento da dialética*, las acusaciones contra Schwarz de permanecer dentro de un marco “dualista” de pensamiento se reiterarán una y otra vez hasta el presente.<sup>11</sup> Y aún cuando su biógrafo rechaza las mismas, admite que la consistencia de las críticas en este sentido no puede deberse a un mero malentendido.

De hecho, cabe señalar, la propia formulación de Schwarz tiene algo de paradójico, y no resulta del todo coherente con su propio planteo. El objeto original de Schwarz era, precisamente, rechazar el tópico. En tanto que instrumento de lucha política, la acusación de “irrealismo político” (que determinadas ideas están en América Latina “fuera de lugar”) resultaría siempre un expediente sencillo para descalificar al

---

<sup>10</sup>Maria Sylvia de Carvalho Franco, “As idéias estão no lugar”, *Cuadernos de Debate* 1 (1976): .

<sup>11</sup>Paulo Eduardo Arantes, *Sentimento da dialética na experiência intelectual brasileira. Dialética e*

adversario. Así, éste no solamente se prestaría a la parodización (de Miguel Macedo, por ejemplo, se decía, en México, que se vestía según el pronóstico meteorológico de Londres), sino que tendría, además, implicancias claramente conservadoras: los “irrealistas” serían, típicamente, los defensores de las ideas consideradas como más “progresistas” en su tiempo. Como dice Schwarz, “en 1964 los nacionalistas de derecha catalogaban al marxismo de ser una influencia exótica, quizás imaginando que el fascismo era un invento brasileño”.<sup>12</sup>

El tópico de “las ideas fuera de lugar” tiene, en verdad, una larga data en la región. Las acusaciones de “irrealismo político” forman, de este modo, como una suerte de juego de espejos. Cuando los historiadores de ideas tachan, por ejemplo, a la *Generación del '37* en Argentina de “europeísta”, no hacen más que repetir lo que las corrientes nacionalistas de pensamiento afirmaron en su momento, las cuales, a su vez, no hacían más que retomar (y volver en contra suyo) el argumento que los propios miembros de la *Generación del '37* dirigieron antes contra sus contendientes de la generación precedente, los llamados “unitarios”, quienes por supuesto que también rechazaron consistentemente la crítica de que ellos hubieran desconocido la necesidad de adecuar las ideas e instituciones importadas a las condiciones particulares de la región. Está claro que, tomadas literalmente, tales acusaciones resultan insostenibles: obviamente, nunca nadie pudo ignorar el hecho de que las distintas formas constitucionales, por ejemplo, no son igualmente viables en todo tiempo y lugar. El punto verdaderamente conflictivo radicaba en determinar qué era lo que supuestamente estaba, en cada caso, “fuera de lugar” y en qué sentido lo estaba (y ciertamente que, para los propios actores, las que estaban fuera de lugar eran siempre *las ideas de los otros*). En definitiva, la difusión del tópico no puede comprenderse desprendido de la función ideológica a la que el mismo sirvió.

---

*dualidade segundo Antonio Candido e Roberto Schwarz* (San Pablo: Paz e Terra, 1992).

<sup>12</sup>Schwarz, “Nacional por subtração” (1986), *Que horas são? Ensaio* (San Pablo: Companhia Das Letras, 1997), 33.

Lo visto explica la reacción de Carvalho Franco: con su fórmula, Schwarz estaría justamente dando pábulo a las afirmaciones de que las ideas marxistas (al igual que las liberales en el siglo XIX) eran extrañas a la realidad brasileña, importaciones “exóticas”, es decir, que las mismas estarían en Brasil “fuera de lugar”. En definitiva, dicho autor volvería llanamente a caer en el tópico, con las consecuencias potencialmente reaccionarias que el mismo tendría siempre implícito. Para Carvalho Franco la búsqueda misma de qué ideas estarían desajustadas respecto de la realidad brasileña y cuáles no era sencillamente absurda (como vimos, para ella tanto las ideas liberales como las esclavistas, las fascistas como las marxistas, estaban en ese país “en su lugar”, eran parte integral de la realidad brasileña—puesto que de no ser así, de no tener condiciones de recepción en la propia realidad local, éstas no podrían circular allí). Como veremos, la postura de esta autora resulta, en un sentido, mucho más consistente que la de Schwarz. Sin embargo, en este punto su crítica, aunque justificada, lleva a perder de vista el núcleo de la argumentación de este último.

Para Schwarz no se trataba tampoco de ponerse a discutir qué ideas estarían desajustadas y cuáles no precisamente porque, según afirmaba, todas lo estaban. Tanto las fascistas como las marxistas, las liberales como las esclavistas, todas eran igualmente “importadas”. El fondo de su crítica a Silvio Romero—el mejor representante, para él, de las visiones romántico-nacionalista de la literatura—radicaba, justamente, en su denuncia de la ilusión de que los desajustes ideológicos fueran, en las regiones periféricas, evitables. Romero, dice, pensaba que bastaba con sólo proponérselo “para que los efectos del exotismo se disolvieran como por encanto”; así, afirma, “al sugerir que la imitación es evitable, atrapa al lector en un falso problema”.<sup>13</sup>

Las propuestas de Carvalho Franco y Schwarz representarían, en última instancia, dos vías diversas de escapar del tópico. La de la primera, mediante el énfasis en la realidad de las ideas (sus condiciones locales de posibilidad); la del segundo, colocando

---

<sup>13</sup>Schwarz, “Misplaced Ideas”, 11 y 15.



el acento no en los desajustes entre ideas y realidades, como sugiere Carvalho Franco, sino en los de la propia realidad brasileña. Para Schwarz no se trataba tanto de la existencia de “dos Brasiles” contrapuestos (uno ficticio—el de las ideas—y otro real—el de la sociedad) sino que lo propio de la sociedad (y, por extensión, de la cultura) brasileña sería su permanente desajuste respecto de sí misma, debido precisamente a su carácter capitalista-periférico.

Para Carvalho Franco, con dicho concepto Schwarz recaería una vez más en las perspectivas dualistas, contrabandeando bajo un nuevo nombre la oposición tradicional entre dos lógicas de desarrollo, dos modos de producción contrapuestos: uno propiamente capitalista y otro “capitalista periférico”. Para Schwarz, por el contrario, no se trataría de dos lógicas diversas, sino de una misma lógica (la búsqueda de beneficio) que opera, sin embargo, de modos diversos en las distintas regiones: mientras que en el centro tiende a generar condiciones propias a sociedades capitalistas avanzadas, en la periferia sólo perpetúa el subdesarrollo y reproduce patrones precapitalistas de relación social.

La postura de Schwarz sería así más sensible a las particularidades derivadas del carácter periférico de la cultura local (las que en la visión de Carvalho Franco tenderían a disolverse en la idea de la unidad de la cultura occidental). Aun así, ésta no resuelve el problema original respecto al supuesto desajuste de las ideas marxistas en Brasil (el argumento de que las ideas fascistas no estarían en Brasil menos “desajustadas” que las marxistas difícilmente sirva de consuelo).<sup>14</sup> Aparentemente, la postura de Schwarz conduciría a un escepticismo respecto de la viabilidad de todo proyecto emancipador en la región. Las dificultades que dicha cuestión le plantean se observan claramente en sus “Respostas a *Movimento*” (1976). Ante la pregunta de si “una lectura ingenua de su ensayo ‘As idéias fora de lugar’ no podría llevar a concluir que toda ideología, inclusive las libertarias, sería una idea fuera de lugar en los países periféricos”, Schwarz

---

<sup>14</sup>De hecho, resuenan aquí los ecos de la polémica en Rusia en 1905 respecto de las posibilidades del

responde:

Las ideas están en su lugar cuando representan abstracciones del proceso a que se refieren, y es una fatalidad de nuestra dependencia cultural que estemos siempre interpretando nuestra realidad con sistemas conceptuales creados en otra parte, a partir de otros procesos sociales. En este sentido, las propias ideas libertarias son con frecuencia una idea fuera de lugar, y sólo dejan de serlo cuando se las reconstruye a partir de las contradicciones locales.<sup>15</sup>

Tanto la pregunta como la respuesta resultan sumamente significativas. De hecho, el entrevistador indica en su interrogante una de las consecuencias paradójicas antes señaladas en el concepto de Schwarz: sus afinidades con las ideas de los nacionalistas que, en principio, llevarían a condenar como “foráneas” las ideas marxistas de su propio autor. Su contestación aclara el punto, pero lo conduce a una nueva aporía. Según se desprende de la misma, no *todas* las ideas en América Latina estarían, siempre e inevitablemente, “fuera de lugar”, como afirmaba en su crítica de Romero. Por el contrario, éstas, asegura ahora, podrían eventualmente rearticularse de un modo que resulten asimilables a la realidad local. Esto, sin embargo, contradice todo lo que venía afirmando hasta aquí, lo que no sólo señala una nueva convergencia—siempre problemática—con las posturas nacionalistas (salvo en sus expresiones más jingoístas, nunca el nacionalismo negó de plano la necesidad de “adecuar” ideas foráneas a la realidad local): la misma lo devuelve de lleno—esta vez sí—al tópico, esto es, a la búsqueda y distinción de qué ideas estarían, entonces, ajustadas a la realidad brasileña y cuáles no—siendo que las ideas que estarán alegadamente desajustadas serán siempre, como es previsible, las de los otros.<sup>16</sup> En todo caso, así planteado (en su

---

socialismo en naciones capitalistas atrasadas.

<sup>15</sup>Schwarz, “Cuidado com as ideologias alienigenas (Respostas a *Movimento*)” (1976), *O pai de família*, 120.

<sup>16</sup>Cabe recordar que la tendencia nacionalista a la que entonces el progresismo de izquierda intentaba

versión “débil”, digamos), el concepto de Schwarz no haría más que reactualizar el viejo dilema antropofágico, no representaría ningún aporte conceptual original.

El punto, de todos modos, es que este planteo Schwarz no se concilia con su propio concepto; de hecho, desmonta toda su argumentación precedente. Así reformulada, no habría forma de abordar la cuestión de las “ideas fuera de lugar” sin presuponer la existencia de alguna suerte de “esencia interior” a la que las ideas “extranjeras” fracasarían en representar apropiadamente. Más grave aún (y es aquí que la postura de Carvalho Franco aparece como mucho más consistente que la de Schwarz), la misma presupone, además, la posesión de alguna descripción de la realidad no mediada por conceptos, y que permitiría eventualmente evaluar las distorsiones relativas de los diversos marcos conceptuales—algo obviamente imposible. La oposición entre “ideas” y “realidades” se revela así como un mero artificio retórico por el que se busca simplemente obliterar el hecho de que lo que se oponen siempre no son sino “ideas” diversas entre sí, descripciones alternativas de la “realidad”.

En definitiva, nos enfrentamos aquí contra aquello que señala el límite último en el concepto de Schwarz. La fórmula de “las ideas fuera de lugar” lleva necesariamente a instaurar un determinado lugar como el lugar de la Verdad (y a reducir al resto al nivel de meras “ideologías”). El planteo de Carvalho Franco, por el contrario, si bien diluye la problemática relativa a la naturaleza periférica de la cultura local, sirve, no obstante, para poner de manifiesto el carácter eminentemente *político* de las atribuciones de “alteridad” de las ideas.

En realidad, éste es también el punto hacia el cual tienden a converger las

---

discutir no era ya el nacionalismo romántico (claramente reaccionario) del estilo representado por Silvio Romero, sino las nacionalistas-desarrollistas que florecieron en los años '50 y buscaban convertir a Brasil en un país capitalista avanzado. Lo que Schwarz y los “teóricos de la dependencia” intentaban mostrar era, precisamente, la imposibilidad de aplicar los patrones de desarrollo capitalista de los países centrales a las regiones periféricas. En fin, para él, las ideas desarrollistas estaban en América Latina, siempre e inevitablemente, “fuera de lugar”. Ahora bien, como vimos, esto no necesariamente era así en el caso de las ideas marxistas que él sostenía: aunque también “importadas”, éstas, asegura entonces, bien podrían adecuarse a la realidad local.

elaboraciones originales de Schwarz (como vimos, para él, todas las ideas estaría siempre igualmente “fuera de lugar” en la región), pero al que la fórmula de “las ideas fuera de lugar” no alcanzaría, sin embargo, acabadamente a representar. Ella daría así lugar a interpretaciones algo simplistas respecto de su concepto (un llana denuncia de la “irrealidad” de las ideas, y, más específicamente, de las ideas liberales en el siglo XIX en la región). Sin embargo, tales interpretaciones, aunque demasiado poco sutiles, no estarían tampoco del todo injustificadas. La recaída de Schwarz en el tópico, vehiculizada en parte por la propia ambigüedad de su fórmula, aunque no se sigue directamente de él, tiene fundamentos en su propio concepto original. La misma hace manifiesto, en definitiva, su límite último, y que la crítica de Carvalho Franco termina por desnudar. En efecto, ésta coloca a Schwarz frente a aquello a que toda su argumentación conduce y, sin embargo, no puede tematizar sin al mismo tiempo desarticular el sistema categorial en que todo su concepto se inscribe y en función del cual cobra sentido. En fin, dicha autora lo confronta a ese punto ciego en que su sistema se funda y del que toma su coherencia, siendo a la vez, por definición, inabordable desde dentro del mismo: la radical indecidibilidad del tópico; esto es, el hecho de que no se puede nunca determinar qué ideas están fuera de lugar y cuáles no desde fuera de un determinado marco conceptual particular. La crítica de Carvalho Franco lleva así a hacer manifiesto aquello que, aunque implícito en el concepto de Schwarz, éste debe no obstante obturar a fin de poder articularse: la naturaleza eminentemente *política* de las atribuciones de “alteridad” de las ideas. Tal revelación tendría, sin embargo, su precio. El planteo de esta autora impediría entonces tematizar las particularidades que derivarían de la condición periférica de la cultura local (y, en última instancia, tenderían a ocultar su condición como tal), que es justamente la problemática en torno a la cual giran las elaboraciones de Schwarz.

En las páginas que siguen intentaremos analizar cuáles son aquellas limitaciones del concepto de Schwarz, no tanto de orden ideológico, sino fundamentalmente *conceptuales* que le impiden tomar distancia respecto del tópico y tornarlo efectivamente materia de escrutinio crítico (evitando su recaída en el mismo),

buscando, al mismo tiempo, rescatar el núcleo de su teoría que, según entiendo, permanece aún hoy vigente. En definitiva, como veremos, el aporte decisivo de Schwarz radica no tanto en las soluciones que ofrece (las que, según estamos viendo, no son verdaderamente tales) sino en la propia formulación de la problemática original que plantea y motoriza todos sus desarrollos teóricos: cómo abordar la cuestión relativa a la naturaleza periférica de la cultura local, tematizar la peculiaridad de la dinámica que dicha condición le impone a las ideas en la región, sin recaer por ello en los dualismos y, en última instancia, en los esencialismos propios de las corrientes nacionalistas. Antes de analizar esto debemos, sin embargo, repasar brevemente otro de los debates de los que participó Schwarz. La polémica anterior, según vimos, refería al ámbito cultural más general, esto es, retomando los términos de Arantes, a la dialéctica entre ideas y sociedad; la que veremos ahora remitirá, en cambio, a una problemática más específicamente estética, a un segundo tipo de dialéctica a partir de la cual se desplegaría justamente el modelo de análisis literario que lo convertiría en uno de los críticos más destacados en el subcontinente, a saber: aquella entre forma artística y contenido social.

### **De lugares y “entrelugares” de la crítica**

Para abordar esta segunda dimensión en la obra de Schwarz es necesario, sin embargo, antes desenmarcarla del contexto conceptual más general del que surge—las teorías de la dependencia—para situarla en la perspectiva de las corrientes crítico-literarias más específicas en que su modelo buscaba inscribirse.

El punto de referencia fundamental aquí lo constituye la obra de Antonio Candido. El mérito fundamental de Candido radicó, para él, en haber logrado desarrollar un modelo de aproximación sociológica a la literatura sin por ello obliterar su dimensión específicamente estética. El método crítico marxista de Schwarz se postula como una

elaboración y un desarrollo de aquel modelo, el cual podríamos definir, en forma abreviada, conforme a lo que Lucien Goldmann denominó “estructuralismo genético”.<sup>17</sup> Éste trata, básicamente, de combinar el análisis estético con el histórico-social (vaivén que, para Schwarz, define a un enfoque “de izquierda”). Y ello supone una doble impugnación: por un lado, a los enfoques “contenidistas”, que, según dice, producen una desdiferenciación de esferas anulando así la riqueza de la obra literaria, y, por otro, a las aproximaciones formalistas que desgajan los productos artísticos de sus contextos de emergencia y las condiciones materiales de su producción. La clave para tal conjunción de estos dos niveles de análisis—lo que llama, siguiendo a Walter Benjamin, una “mirada estereoscópica”—la aporta el concepto de *forma*. Dicho concepto le permite, según afirma, captar el trasfondo social del que nace una obra dando cuenta al mismo tiempo de la productividad de su dimensión lingüística y literaria. No es en los materiales que un artista utiliza, en los contenidos de su obra, sino en el nivel de los procedimientos constructivos del relato que el entorno dado se encuentra representado, o mejor dicho, *reproducido* de un modo específicamente literario. Pero si esto es así, es porque lo social no es un contenido neutro sobre el que la forma literaria viene a superimprimirse. En definitiva, dicho autor logra trascender la antinomia entre *forma literaria* y *contenido social* concibiendo a este último no como un mero material a ser elaborado por medios lingüísticos, sino como totalidades ya estructuradas, *formas objetivas* “capaces de pautar tanto una novela como una fórmula deprecatoria, un movimiento político o una reflexión teórica, *pasibles de confrontarse a través de la reconstrucción de aquella condición práctica mediadora*”.<sup>18</sup> Esto abre las puertas, en fin, a la posibilidad de hallar homologías estructurales entre ambos niveles (textual y extratextual) de realidad, sin por ello reducir uno al otro. La “*idea social* de forma” asegura que “se trata de un *esquema práctico*, dotado de lógica específica”.

---

<sup>17</sup>Véase, Goldman, *Marxismo y ciencias humanas* (Buenos Aires: Amorrortu, 1975).

<sup>18</sup>Schwarz, “Adequação nacional e originalidade crítica”, *Seqüências*, 30.

Éste se traduce en un interés económico-político, una ideología, un juego verbal, o bien en un enfoque narrativo. En cuanto a las afinidades, estamos en el universo del marxismo, para el cual los constreñimientos materiales de la reproducción de la sociedad son ellos mismo formas de base, las cuales se imprimen, mal o bien, en las diferentes áreas de la vida espiritual, en las que circulan reelaboradas en versiones más o menos sublimadas, o falseadas; forma, por lo tanto, trabajando formas. En definitiva, las formas que encontramos en las obras son la repetición o la transformación, con resultado variable, de formas preexistentes, artísticas o extra-artísticas.<sup>19</sup>

En realidad, dicho concepto “estructuralista genético” formaba ya parte del saber establecido en los años en que Schwarz comenzó su labor crítica. “La combinación de estructura e historia”, recordaría luego, “estaba en el foco del debate teórico de la época”. La *Crítica de la razón dialéctica* de Sartre dice que “hizo de esta combinación la piedra de toque de la comprensión del mundo por la izquierda”.<sup>20</sup> El aporte particular de Schwarz consistió, en verdad, en relacionar esta dialéctica entre forma y contenido, estructura e historia, análisis literario y reflexión social con aquella otra, más específicamente latinoamericana, entre “centro” y “periferia”. De este modo se proponía comprender cómo la realidad local, que define las condiciones históricas particulares de recepción de los géneros y formas de expresión artísticas (siempre necesariamente extranjeras debido a nuestra posición marginal en los sistemas de producción cultural), determina eventualmente sus mismas formas, trastocándolas. Según señalaba, en las regiones periféricas el cruce de esta doble dialéctica será siempre al mismo tiempo inevitable y problemático.

La obra de José de Alencar resulta, para él, especialmente ilustrativa de las contradicciones generadas por el traslado a Brasil de una forma literaria (la novela realista, según es desarrollada en Francia por Balzac) que era típicamente burguesa y,

---

<sup>19</sup>Schwarz, “Adequação nacional e originalidade crítica”, *Seqüências*, 30-1.

<sup>20</sup>Schwarz, “Os sete fôlegos de um livro” (1998), *Seqüências*, 50

por lo tanto, poco adecuada para representar la realidad brasileña de esclavitud, paternalismo y dependencia personal. En su memorable análisis de *Senhora* (la última de las novelas de Alencar), Schwarz descubre cómo opera en el plano literario aquella dialéctica antes señalada entre verdad y falsedad: la falsedad de la forma, el efecto paródico generado por la transposición al contexto brasileño de situaciones propias de las novelas realistas burguesas, desnuda el verdadero contenido de esa realidad social (un sistema en que el afán de lucro individual se encuentra encastrado en, y mediado por relaciones de tipo paternalista). Según señala, el genio de Machado de Assis consistió en tornar este efecto paródico en un principio constructivo del relato. La parodia se vuelve así autoparodia y se troca en la *forma* de la narración (cuya modo de articulación es la *digresión*). Con este concepto Schwarz marca un giro en los estudios machadianos (o, según él mismo prefiere decir, continúa la revolución en la crítica literaria brasileña iniciada por Antonio Candido), aportando una clave fundamental para comprender el sentido de la ruptura que produce el autor de las *Memorias póstumas de Blas Cubas* en las letras latinoamericanas. Mediante la *digresión*, Machado de Assis quebraba el efecto de verosimilitud, volviendo paródico el propio impulso mimético de la novela realista. Retrabajado “desde la periferia” el género hace así manifiestos aquellos dispositivos discursivos que debe ocultar para constituirse como tal (lo que lleva a Schwarz a comparar la novelística machadiana con su contemporánea rusa—“hay algo en Machado de Gogol, Dostoievsky, Goncharov y Chejov”, asegura).<sup>21</sup>

También aquí vemos operar la dialéctica entre verdad y falsedad que señalara con relación a Alencar, pero esta vez cobra un giro particular. De hecho, la misma habría ahora de invertirse. En este caso, el contenido “falso” de la realidad brasileña desnuda la verdad de la *forma* europea (que es su inherente “falsedad”). De este modo, dice, “nuestros exotismos nacionales se convierten en histórico-mundiales”. De allí el vínculo que encuentra entre la obra de Machado de Assis y la de sus pares rusos.

---

<sup>21</sup>Schwarz, “As idéias fora de lugar”, *Ao vencedor as batatas*, 28.



Quizás esto sea comparable a lo que ocurría en la literatura rusa. Comparadas con estas últimas, incluso las más grandes de las novelas francesas parecen ingenuas. ¿Y por qué? A pesar de sus reclamos de universalidad, la psicología del egoísmo racional y la ética de la Ilustración aparecía en el Imperio Ruso como una ideología “foránea”, y por lo tanto una local y relativa. Sostenida por su retraso histórico, Rusia forzaba a la novela burguesa a enfrentar una realidad más compleja.<sup>22</sup>

Schwarz nos descubre, pues, el secreto de la universalidad de la obra de Machado de Assis. En su obra convergerían ambas dialécticas: la problemática relativa a cómo lograr una productividad específicamente literaria siendo a la vez socialmente representativa se asocia en ella a la cuestión de cómo ser universal en la periferia sin renegar de tal condición marginal en la cultura occidental sino, justamente, explotándola. Pero es aquí también donde se empieza a complicarse el esquema interpretativo de Schwarz.

En primer lugar, resulta evidente (y Schwarz de ningún modo lo desconoce) que la parodización, y aún la autoparodización del género no es verdaderamente una originalidad brasileña o incluso propia de la “periferia”. De hecho, Machado de Assis tomó su modelo de un autor también europeo, Laurence Sterne. Y esto problematiza la segunda dialéctica tematizada por Schwarz (la existente entre “centro” y “periferia”): aún para “subvertir” los modelos europeos, los autores locales deberían siempre apelar también a modelos importados. Llegado a este punto no sólo comienza a disolverse la oposición entre lo “falso” y lo “verdadero” como correspondientes a lo “local” y lo “importado”, respectivamente, como una lectura simplista de la fórmula de Schwarz puede llegar a sugerir. Como señala el crítico brasileño, lo “verdadero” en este contexto no sería menos “importado” que lo “falso” en él, y viceversa. Lo que encontraríamos en todos los casos (es decir, tanto en el “centro” como en la “periferia”) serían, en realidad, constelaciones contradictorias de elementos, *siendo, por lo tanto, las lógicas de sus*

*agrupamientos no fácilmente atribuibles a contextos dados*. En definitiva, esta situación frustraría todo intento de descubrir rasgos que supuestamente particularicen a la cultura latinoamericana e identifiquen su condición “periférica”.

En efecto, la observación de posibles “distorsiones locales” generadas por la transposición a la región de formas discursivas, ideas e instituciones originariamente extrañas al mismo tampoco autorizaría a extraer la conclusión de que las ideas están siempre bien ubicadas en Europa y siempre mal ubicadas en América Latina, como el concepto de “las ideas fuera de lugar” parece suponer. Evidentemente, esto no es cierto; el “distorsionar” las ideas y nombrar impropriamente las realidades no es una peculiaridad brasileña o latinoamericana.<sup>23</sup> Podemos aún, de todos modos, aceptar que el tipo de dialéctica hallada por Schwarz en la obra de Machado de Assis indicaría un tipo particular de “distorsión”, específica de las regiones periféricas. Sin embargo, esta afirmación salva su objeto pero enfrenta a dicho autor ante un dilema todavía más serio. El aspecto más inquietante implícito en este intento por percibir los vestigios textuales-narrativos de la condición periférica de la cultura local radica, en realidad, en el hecho que el mismo termina volviendo su postura peligrosamente próxima a las del segundo de sus dos grandes antagonistas en función de cuya crítica habría de articularse y desarrollarse su concepto de “las ideas fuera de lugar”: Silviano Santiago.

Muy tempranamente, en “El entrelugar en el discurso latinoamericano” (1970), Santiago introdujo una serie de conceptos extraídos de las teorías críticas francesas más recientes (deconstruccionismo, postestructuralismo, etc.) para desarrollar un concepto, de hecho, también implícito en los análisis de Schwarz. Al igual que para

---

<sup>22</sup>Schwarz, “Misplaced Ideas”, 29.

<sup>23</sup>El caso de la novela ilustra esto. Autores como Friedrich Hebbel, por ejemplo, cuestionaban que, en tanto que forma literaria, la novela romántica fuese adecuada a la realidad alemana, Hebbel, como Schwarz para el caso brasileño, consideraba que esto se debía a que la historia alemana no había tenido una evolución “orgánica”. Según decía, “es verdad que nosotros los alemanes no guardamos ningún lazo con la historia de nuestro pueblo /.../. Pero, ¿cuál es la causa? La causa es que nuestra historia no ha tenido ningún resultado, que no podemos considerarnos a nosotros mismos el producto de nuestro

éste, para Santiago el caso de Machado de Assis sería paradigmático de la condición particular del “discurso latinoamericano”: éste encontraría su ámbito específico en ese “entrelugar” que es el del desvío de la norma, la marca de la diferencia en el propio texto original que destruye su *unidad* y *pureza*. Las lecturas en la periferia del capitalismo no serían, pues, nunca inocentes. Las mismas no consistirían en una mera asimilación pasiva de modelos extraños, aunque tampoco usarían a éstos para hacer manifiesto un ser interior que los preexiste, sino que se orientarían a inscribirse como lo otro dentro de lo Uno de la cultura occidental de la que forman parte, haciendo así manifiestas sus inconsistencias inherentes.

Tal como lo interpreta (o reinterpreta) Santiago, el método crítico implícito en *Candido* (y también en Schwarz), su modo de concebir los modos de contacto entre las culturas local y occidental, supone, pues, la quiebra del concepto de “influencia” para colocar en su lugar el de “escritura”, entendida como un *trabajo* sobre una tradición de la que se participa y, al mismo tiempo, se la violenta permanentemente señalando aquellos desajustes “locales” como constitutivos de su mismo concepto. La idea de Santiago de “entrelugar” lleva así a cuestionar la definición de las relaciones entre “centro” y “periferia” en términos de “original” y “copia”.<sup>24</sup> La obra de Machado de Assis no sería una mera versión degradada de un “modelo original” europeo, supuestamente superior y perfectamente acabado. Como vimos, tampoco para Schwarz lo es. Su condición periférica le habría permitido de algún modo “superar” al modelo francés revelando sus limitaciones inherentes. Esto resulta, además, perfectamente coherente con su lectura (o relectura) reciente de los postulados dependentistas, en la que afirma que las contradicciones del desarrollo capitalista en la periferia “arroja una luz reveladora sobre las nociones metropolitanas canónicas de civilización, progreso,

---

desarrollo orgánico, como los franceses y los ingleses” [citado por Georg Lukács, *La novela histórica* (México: Era, 1971), 75].

<sup>24</sup>Véase Santiago, *Uma Literatura nos trópicos* (San Pablo: Editora Perspectiva, 1978).

cultura, liberalismo, etc.”.<sup>25</sup>

Sin embargo, llegado a este punto, surgen en Schwarz reservas respecto de sus mismas conclusiones. Para éste, el concepto aquí implícito de “las ventajas del atraso” (un eco, nuevamente, de las discusiones en la Rusia del '05) conlleva, no obstante, el riesgo de convertirse en una suerte de celebración del subdesarrollo. Y ello le plantearía un dilema, a saber: cómo explicar la universalidad de la obra de un Machado de Assis sin renunciar a encontrar en ella vínculos con su condición periférica (que determina su contexto particular de emergencia y la convierten en una obra socialmente representativa), pero, al mismo tiempo, evitando terminar encontrando en ésta propiedades epistémicas que lleven a diluir su situación marginal en la cultura occidental (no deja de ser significativo al respecto el hecho de que las teorías deconstruccionistas que Santiago aplica a América Latina sean ellas también originariamente europeas). Así, frente a Santiago, Schwarz habría de insistir en la necesidad de plantear la condición periférica como *deficiencia*, sin caer, no obstante, en la ingenuidad nacionalista de verla únicamente en términos de una mera *carencia*. En fin, un dilema complicado, cuya sola formulación representa un aporte fundamental para la teoría cultural latinoamericana, dado que delimita un horizonte de interrogación definitivamente significativo y complejo, al cual, sin embargo, Schwarz no podría ya encontrar soluciones consistentes con su propio concepto.

En una Conferencia dictada en abril de 2001 en Buenos Aires, Schwarz esquematizó su propuesta al respecto en términos de una doble “desautomatización”. Según señala, el gran mérito de Candido habría sido el de “desautomatizar” la oposición centro / periferia de la oposición “superior” / “inferior”: como lo muestra primero Machado de Assis (y hoy parece ya innegable; para demostrarlo bastaría con citar sólo algunos pocos nombres) el carácter periférico de la producción literaria local no la condenaría necesariamente a una condición de inferioridad respecto de la europea. Sin

---

<sup>25</sup>Schwarz, “A nota específica” (1998), *Seqüências*, 153.

embargo, aún rechaza el intento alegadamente “postestructuralista” de “desautomatizar” la oposición entre centro y periferia de aquella otra entre el “modelo” y la “copia”. Schwarz retoma aquí un planteo suyo de “Nacional por subtração” (1986), cuando discutía con lo que llamaba las teorías de los “filósofos franceses” (Derrida y Foucault). Según éstos, dice, “sería más exacto y neutro pensar en términos de una secuencia infinita de transformaciones, sin principio ni fin, sin primero ni segundo, sin mejor ni peor”.<sup>26</sup> La anulación de la noción de “copia” permitiría así “ampliar la autoestima y liberar la ansiedad del mundo subdesarrollado” sin, sin embargo, resolver ninguna de las causas que mantienen a la región en el subdesarrollo.<sup>27</sup> Tales teorías llevarían así a desconocer llanamente las asimetrías reales existentes a nivel mundial en cuanto a recursos tanto materiales como simbólicos.

En definitiva, Schwarz piensa que las nuevas corrientes críticas representan sólo una suerte de adecuación al proceso de mercantilización de la cultura (cuya falta de tematización Schwarz considera, retrospectivamente, uno de los déficits fundamentales del “Seminario de Marx” de San Pablo),<sup>28</sup> proyectado hoy a escala mundial. En el contexto de la globalización económica, el antiguo formalismo cobraría un nuevo sentido. En su paso del estructuralismo al postestructuralismo, dice, su “pseudoradicalismo artístico, de subversión cultural en abstracto, especialmente en el lenguaje, se convierte en ideología literaria general”.<sup>29</sup> El trastocamiento simbólico postmodernista de las jerarquías sería sólo la contracara y contraparte necesaria de su reforzamiento efectivo. La revolución permanente a nivel formal se habría vuelto así funcional a la contrarrevolución material hoy alegadamente en curso.

---

<sup>26</sup>Schwarz, “Nacional por subtração”, *Que horas são?*, 35. Como decía Borges, “presuponer que toda recombinación de elementos es obligatoriamente inferior a su original es presuponer que el borrador 9 es obligatoriamente inferior al borrador H—ya que no puede haber sino borradores. El concepto de *texto definitivo* no corresponde sino a la religión o al cansancio” [Jorge Luis Borges, “Las versiones Homéricas”, *Obras Completas* (Buenos Aires: Emecé, 1974), 239].

<sup>27</sup>Schwarz, “Nacional por subtração”, *Que horas são?*, 35.

<sup>28</sup>Schwarz, “Um seminário de Marx” (1995), *Seqüências*, 103.

<sup>29</sup>Schwarz, “Discutindo com Alfredo Bosi” (1993), *Seqüências*, 85.

Lo visto explica, en última instancia, la paradoja señalada en el apartado anterior: la apelación de Schwarz a una fórmula, como la de “ideas fuera de lugar”, en principio, poco apropiada a su objeto (y que ha dado lugar a las acusaciones, como vimos, no siempre infundadas, de “dualismo”), a saber, precisamente, problematizar el supuesto nacionalista de que las ideas europeas estarían en América Latina “fuera de lugar”. Esta paradoja se aclara, pues, cuando la situamos en el contexto particular en que Schwarz elabora su concepto. A comienzos de la década del ‘70 la problemática relativa a la “periferia” y la crítica a las “desviaciones nacionalistas-populistas” de la izquierda comunista había, en realidad, perdido su anterior centralidad y cedido su lugar a otra enfocada en las consecuencias para la producción crítica y artística del desarrollo en Brasil un mercado capitalista avanzado de bienes culturales y su aparente capacidad para absorber todo intento de transgresión, asimilarlo a su lógica, y convertirlo en instrumento para su propia reproducción.<sup>30</sup> Schwarz estaba ya escribiendo, en realidad, en un contexto crecientemente hostil a los postulados dependentistas. La fórmula de las “ideas fuera de lugar” a la que entonces se aferra, aunque poco apropiada, puesto que tiende a allanar las sutilezas de su concepto, permitiría al menos preservar la noción de la existencia de asimetrías entre centro y periferia, entre el “modelo” (europeo) y la “copia” local.

En los modos de definición de su concepto se combinan, pues, razones de orden tanto teórico como extrateórico. El crítico brasileño enmarcaba su crítica de las corrientes postmodernistas en una perspectiva fundamentalmente ético-política. Y esto le permitía descartar la misma sobre la base de consideraciones pragmáticas, es decir, de su incapacidad para generar acciones conducentes a superar la dependencia cultural latinoamericana. En definitiva, piensa, las mismas representarían suertes de compensaciones simbólicas a contradicciones reales a las que ayudan así a perpetuar. Sin embargo, la cuestión que aquí se planteaba no era verdaderamente—o

---

<sup>30</sup>Véase al respecto la serie de ensayos reunidos en Florencia Garramuño y Adriana Amante, comps., *Absurdo Brasil* (Buenos Aires: Biblios, 2001).

exclusivamente—de índole ético-política sino epistemológica, involucraba aspectos fácticos relativos a la dinámica de los procesos socio-culturales. Lo cierto es que el tema de la “imitación” es mucho más complejo que lo que el concepto de Schwarz sugiere. Su aproximación en términos de “modelos” y “desviaciones” es, sin duda, una simplificación de los siempre infinitamente intrincados procesos de generación, transmisión, difusión y apropiación de ideas.<sup>31</sup> Por otro lado, tampoco existe una correspondencia unívoco entre ambos aspectos de su contienda polémica: uno bien podría estar de acuerdo con Schwarz en cuanto a sus postulados ideológicos, y aún así tener una perspectiva de los procesos de intercambio cultural muy distinta a la suya.<sup>32</sup> Resulta necesario, pues, realizar un deslinde. La pregunta que surge aquí es si la oposición entre “modelo” y “copia” es realmente apropiada para dar cuenta del tipo de asimetrías culturales que él se propone destacar y analizar.

Volviendo a su esquema de las “desautomatizaciones”, si bien el dilema que formula Schwarz resulta, como dijimos, sumamente significativo, hay que decir que la solución que encuentra (aceptar la primera desautomatización que produce Candido, pero no la segunda que realiza Santiago) resulta sumamente precaria. Uno bien puede argüir que la primera de ellas presupone ya lógicamente a la segunda. En efecto, la disolución de la oposición entre lo superior y lo inferior como paralela a aquella entre

---

<sup>31</sup>En última instancia, el problema que la definición de Schwarz plantea es: ¿cómo trazar, en la práctica, la línea que separa el ámbito en que las ideas se encuentran bien situadas de aquél en que éstas estarían “fuera de lugar”? Para poner un ejemplo tomado de la literatura, *Noches tristes y día alegre* de Fernández de Lizardi (1818-9) es una “imitación” de *Noches lúgubres* (1771) de José Cadalso, que es, a su vez, una “imitación” de *Night Thoughts* (1742-5) de Edward Young, que es probablemente una “imitación” de alguna obra anterior, y así sucesivamente. Por otro lado, los “imitadores” de Fernández de Lizardi en México forman una legión. Ahora bien, cómo podemos distinguir, en la serie de sus desplazamientos, el original (u originales) de la copia (o copias).

<sup>32</sup>De hecho, Schwarz establece relaciones demasiado mecánicas entre teorías literarias e ideologías políticas, produciendo así una “desdiferenciación de esferas”. No obstante, como él mismo observa, entre los postulados de una determinada teoría estética y sus posibles derivaciones ideológicas no existe una relación lógica necesaria, sino que media un proceso de traducción, abierto siempre, en diversas instancias, a interpretaciones alternativas: según señala, tanto las teorías “contenidistas” (el concepto mimético de la producción artística) como las formalistas (el constructivismo estético) pueden o bien “tener un valor crítico” o bien “alinearse con el oscurantismo, y pueden incluso tener un efecto crítico gracias a este último alineamiento” (Schwarz, “Adequação nacional e originalidade crítica”, *Seqüências*,

centro y periferia destruye también su paralelismo con la tercera de las oposiciones: si algo “periférico” deja de ser “inferior” cabe suponer que es porque de alguna forma superó ya su condición de mera “copia” degradada respecto de algún supuesto “modelo” para cobrar “originalidad” propia. Sea como fuere, siguiendo su propio argumento, aquella primera “desautomatización” producida por Candido vuelve ociosa a la segunda desde el momento en que es ya, potencialmente, definitivamente más devastadora de la oposición entre centro y periferia que la postulada por Santiago (ante la quiebra de la oposición entre lo superior e inferior, la preservación de aquella segunda entre el modelo y la copia aparece como apenas un frágil consuelo). Siendo esto así, medidas ambas según la vara de sus supuestos efectos prácticos (que es el contexto en que el propio Schwarz sitúa la discusión), no quedaría claro ya por qué aceptar a aquella primera desautomatización pero no a esta última.

Por otro lado, y esto es quizás más grave desde un punto de vista metodológico, la insistencia de Schwarz en preservar el esquema de los “modelos” y las “desviaciones”, aunque teóricamente poco eficaz, no carece, de todas maneras, de consecuencias prácticas para la investigación histórico-intelectual. Su planteo termina, de hecho, sirviendo para reforzar problemas inherentes a la historia de “ideas” en América Latina.<sup>33</sup>

### **Las limitaciones inherentes a la historia de “ideas”**

En efecto, las paradojas implícitas en su fórmula de “las ideas fuera de lugar” se expresan, a su vez, en una cierta tensión entre su método crítico y sus derivaciones histórico-intelectuales. En su tránsito del plano de la crítica literaria al ámbito de los

---

40-1).

<sup>33</sup>La “historia de ideas” de la que hablamos es la disciplina que concibe a los textos que analiza como ensambles de “ideas”, entendidas en el sentido de “proposiciones” (*statements*), es decir, afirmaciones o negaciones respecto del estado del mundo, representaciones de la realidad que pueden eventualmente ser verdaderas o falsas (descripciones adecuadas o distorsionadas de su objeto).



discursos conceptuales las sutilezas de sus percepciones tienden a perderse haciendo manifiestas las estrecheces heurísticas del esquema de “modelos” y “desviaciones” como grilla para comprender el desenvolvimiento errático de las ideas en América Latina.

Siguiendo el esquema de “modelos” y “desviaciones”, la historiografía de ideas en América Latina se encontraría desde sus orígenes organizada en torno a la búsqueda y definición de las “distorsiones” producidas por el traslado a la región de ideas liberales que, supuestamente, resultaban incompatibles con la cultura y tradiciones heredadas.<sup>34</sup> Los historiadores de ideas locales coinciden así en postular que, en el siglo XIX, el resultado de la colisión entre la cultura tradicionalista nativa y los principios universales del liberalismo habría sido una suerte de ideología transaccional, que José Luis Romero definió como “liberal-conservadora”.<sup>35</sup> Confrontadas a un medio que les era extraño y hostil, las ideas “modernas” liberales cobraron en la región, según se afirma, un carácter marcadamente conservador y “retrógrado”.

Tal esquema, sin embargo, al reducir todas las aristas problemáticas en la historia intelectual local a cuestiones relativas a lo que en filosofía legal se llama *adjudicatio* (la aplicabilidad o no de una norma a un caso particular), impediría, de hecho, a los historiadores de ideas interrogar críticamente los “modelos” putativos, bloqueando así de antemano la eventual problematización de los mismos, *que es precisamente, como señalara Schwarz, el aspecto más interesante en la obra de Machado de Assis: cómo ésta hacía manifiestos desde dentro del género problemas que eran inherentes al mismo*. La apelación a esa entidad vaga llamada “Europa” funciona aquí, por el contrario, a modo de invocación a esa suerte de esfera supralunar en que las ideas

---

<sup>34</sup>En palabras de uno de los más lúcidos historiadores de ideas del área, Charles Hale: “La experiencia distintiva del liberalismo deriva del hecho que las ideas liberales se aplicaron en países altamente estratificados en términos sociales y raciales, económicamente subdesarrollados, y con una arraigada tradición de autoridad estatal centralizada. En síntesis, las mismas se aplicaron en un ambiente extraño y hostil” [Hale, “Political and Social Ideas in Latin America, 1870-1930,” en Bethell, comp., *The Cambridge History of Latin America* (Cambridge: Cambridge University Press, 1989), vol. IV, 368].

<sup>35</sup>Romero, *Las ideas políticas en Argentina* (Buenos Aires, F.C.E, 1984), cap. V.

encontrarían, alegadamente, “su lugar apropiado”. De allí que, dentro de este marco conceptual, el que las ideas de un autor determinado se hayan apartado del supuesto “tipo ideal” liberal (el *logos*) sólo pueda interpretarse como sintomático de algún *pathos* oculto, ya sean sus raíces individuales (prejuicios conservadores, o, simplemente, falta de agudeza mental), sociales (limitaciones de clase), o bien nacionales (una cultura retrógrada y tradicionalista). Los “modelos” son, en la región, simplemente asumidos como perfectamente consistentes, y su sentido absolutamente transparente. A las definiciones de manual, simplistas por naturaleza, se las toma, pues, aquí acríticamente como puntos de partida válidos; el único problema que la historia de ideas aparentemente plantea en América Latina es algo, de hecho, completamente externo a las mismas: su aplicabilidad o no al específico contexto local.<sup>36</sup>

Desde un punto de vista conceptual, la consecuencia más grave del punto anterior es que las aproximaciones tradicionales a la “historia de ideas” necesaria y sistemáticamente fracasan, no obstante, en su intento de hallar algo “peculiar” a América Latina, como pretenden. A fin de postular el hallazgo de alguna “peculiaridad latinoamericana” los historiadores de ideas locales no sólo deben simplificar la historia de ideas europea, borrando todas sus aristas problemáticas y eliminando la complejidad de su curso efectivo. El punto es que aun así difícilmente encontrarán algún modo de describir las postuladas “idiosincrasias” latinoamericanas con “categorías no europeas”. Como señala Schwarz, términos tales como “conservadurismo”, y aún la mezcla ideológica expresada en la fórmula de Romero (“liberalismo conservador”), se tratan, evidentemente, de categorías no menos “abstractas” y “europeas” que su opuesto “liberalismo”. No obstante ello, todavía es cierto que, dentro del marco de estas aproximaciones, en la medida en que, según el consenso general, los pensadores latinoamericanos no realizaron ninguna contribución relevante a la historia “universal”

---

<sup>36</sup>En *La política del disenso. La “polémica en torno al monarquismo” (México, 1848-1850)... y las aporías del liberalismo* (México: F.C.E., 1998) intento mostrar cómo la crisis del sistema político mexicano llevaría eventualmente a revelar contradicciones intrínsecas al propio concepto liberal-republicano.

del pensamiento, lo único que puede aún justificar y tornar relevante su estudio es la expectativa de hallar “distorsiones” (cómo las ideas se “desviaron” del patrón presupuesto). Encontramos aquí, en fin, la contradicción básica de las aproximaciones centradas en las “ideas”: *éstas generan una ansiedad por la “particularidad” que nunca pueden satisfacer*. En síntesis, la historia de “ideas” *lleva a un callejón sin salida*.

Así, obligada a postularse un objetivo que nunca puede alcanzar, ésta mina sus propios fundamentos. Como vimos, Schwarz es particularmente lúcido sobre esta situación (la simultánea necesidad-imposibilidad de distorsiones en la historia de ideas local). Sin embargo, éste toma por una característica de la historia intelectual latinoamericana lo que es, en realidad, un problema inherente a las propias aproximaciones a la misma. Si no es posible encontrar los supuestos rasgos que especifican a las ideas en el contexto local es, en última instancia, porque esas mismas aproximaciones lo impiden: considerado desde el punto de vista de su contenido ideológico, todo sistema de pensamiento cae necesariamente dentro de un limitado rango de alternativas, ninguna de las cuales puede pretender aparecer como una exclusividad latinoamericana. Las ideas de un autor dado sólo pueden ser, dentro de este esquema, o bien más liberales que conservadoras, o bien más conservadoras que liberales, o bien deben caer en algún punto equidistante entre ambos polos (y el mismo patrón habrá de reproducirse en cada uno de los distintos tópicos en que historia de ideas tradicionales se encuentran normalmente organizadas). En definitiva, cuando analizamos los textos abordándolos exclusivamente al nivel de los contenidos proposicionales, el espectro de los posibles resultados puede establecerse perfectamente *a priori*; las posibles controversias se reducen únicamente a cómo categorizar los mismos.

Los problemas hallados para “historizar” las ideas (encontrar las marcas características que las particularizan) resultan, en última instancia, del hecho de que las “ideas” son “generales” y “ahistóricas” por definición; las condiciones de su eventual emergencia o desaparición en contextos específicos indican sólo circunstancias externas a las mismas. De allí la tendencia entre los historiadores de ideas a

complementar sus descripciones de los contenidos intelectuales de los textos con referencias al contexto local. Sin embargo, como señala Pocock, “el reduccionismo” de ningún modo sirve “para rescatar al historiador de la circunstancia de que las construcciones intelectuales que estaba tratando de controlar no eran fenómenos históricos en absoluto, en la medida en que habían sido construidos a partir de modos ahistóricos de interrogación”.<sup>37</sup> En el marco de este tipo de enfoques, mientras que los “modelos” resultan construcciones *a priori*, las “culturas locales” aparecen como suertes de substratos eternos. El resultado es una narrativa cuasi-histórica que sólo combina dos abstracciones.

De este modo, tales problemas locales plantean cuestiones epistemológicas de alcance más vasto. Desde la perspectiva exclusiva de los contenidos semánticos de los discursos, entre “ideas” y “realidad”, entre “texto” y “contexto”, sólo existiría una relación mecánica externa en la que el primer término (el contexto) aparecería como meramente una especie de escenario exterior para el desarrollo de las ideas (el texto). Entre uno y otro nivel no hay aún verdadera interpenetración. Y aquí radica también la limitación fundamental contra la que choca el enfoque de Schwarz. En definitiva, si éste no puede dar cuenta de las razones epistemológicas para la necesidad-imposibilidad de tales “distorsiones” es porque él mismo descansa sobre las premisas que determinan tal necesidad-imposibilidad. La raíz última de ello se encuentra en una perspectiva lingüística decididamente pobre, inherente a la historia de “ideas”, que reduce el lenguaje a su función puramente referencial. Es ésta la que provee los fundamentos para la distinción entre “ideas” y “realidades” en la que el problema de “las ideas fuera de lugar” se sostiene. Y éste es tal sólo sobre la base del supuesto de esta distinción: tan pronto como el mismo se ve minado, el problema de la “imitación” pierde todo sentido. Pero hacer esto requiere la reformulación de su entero universo categorial, lo que conlleva no sólo la definición de otros temas para la historia intelectual, sino,

---

<sup>37</sup>J.G.A. Pocock, *Politics, Language, and Time. Essays on Political Thought and History* (Chicago: The University of Chicago Press, 1989), 10.

fundamentalmente, la reformulación de su mismo objeto de estudio, esto es, del concepto de “texto”, incorporando a su definición la consideración de aquella dimensión *pragmática* que le es inherente.

### **Representación y uso de las ideas**

Esta perspectiva tradicional de la historia de “ideas” que relatamos representa, en realidad, una simplificación del método crítico de Schwarz (como vimos, el mismo es mucho más sutil y complejo). Aún así, tal patrón interpretativo tradicional (que es el que se encuentra en la base del esquema de “modelos” y “desviaciones”) encuentra raíces conceptuales profundas en su propia teoría. Las mismas se ligan, como dijimos, a una perspectiva lingüística pobre. Nuevamente una expresión de Pocock resulta sumamente relevante: “el punto aquí más bien”, dice, “es que, bajo la presión de la dicotomía idealismo / materialismo, hemos concentrado toda nuestra atención en el pensamiento como condicionado por los hechos sociales fuera del mismo, y ninguna al pensamiento como denotando, refiriendo, asumiendo, aludiendo, implicando, y realizando una variedad de funciones de las cuales la de contener y proveer información es la más simple de todas”.<sup>38</sup>

En efecto, que Schwarz asocie el que las ideas en América Latina se encuentren “fuera de lugar” con el hecho de que las mismas resulten descripciones inadecuadas (“representaciones distorsionadas”) de la realidad local denota que su perspectiva pivotea aún sobre la base de este concepto tradicional de la historia de “ideas” que reduce el lenguaje a su función meramente referencial (las “ideas” como “representaciones” de la realidad). Sin embargo, el tipo de problemática que él se propone abordar excede el ámbito estrictamente semántico del lenguaje. De hecho, entendida en este sentido, la expresión “ideas fuera de lugar” resulta una contradicción en los términos. La definición de un discurso dado como “fuera de lugar” conlleva la

referencia a su dimensión pragmática, a las condiciones de su enunciación. Algunas distinciones conceptuales nos permitirán, pues, precisar las raíces conceptuales de las paradojas y problemas a que la fórmula de Schwarz conduce.

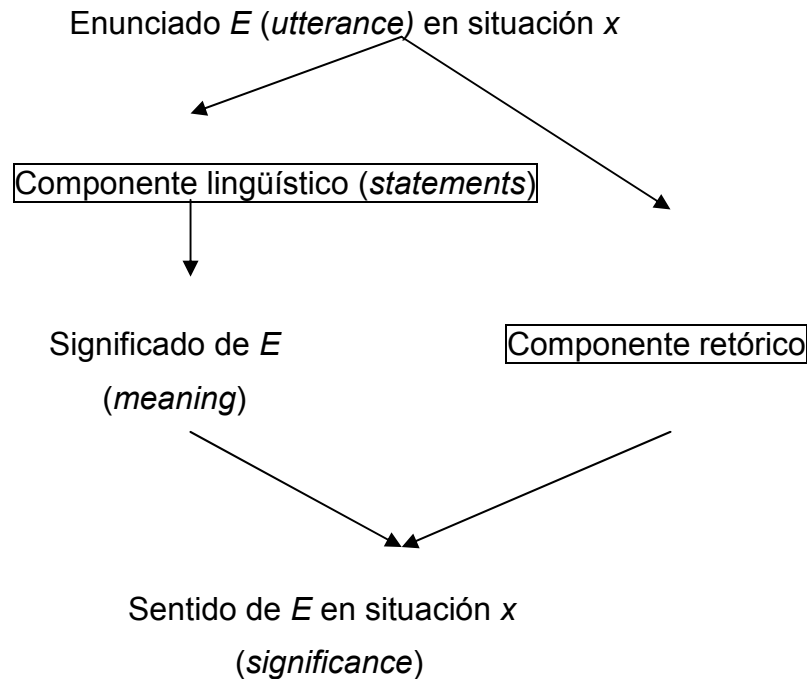
Si dicha fórmula representa una contradicción en los términos es porque en ella se confunden dos instancias lingüísticas muy distintas. Schwarz introduce en esta fórmula un factor *pragmático-contextual* en un nivel *semántico* de lenguaje, lo que necesariamente engendra una discordancia conceptual, lo lleva a describir a las ideas en términos de significados y proposiciones atribuyéndole, sin embargo, funciones que son propias de su uso. Las “ideas” (el nivel semántico) suponen *proposiciones* (afirmaciones o negaciones respecto del estado del mundo). Éstas no se encuentran determinadas contextualmente: el contenido semántico de una proposición (“qué se dice”) puede establecerse independientemente del contexto y modo específico de su enunciación.<sup>39</sup> Las consideraciones contextuales remiten, en cambio, a la dimensión *pragmática* del lenguaje. Su unidad es el *enunciado* (*utterance*), no la *proposición* (*statement*). Lo que importa en el *enunciado* no es el significado (*meaning*), sino el sentido (*significance*). Éste último, a diferencia del anterior, no puede establecerse independientemente de su contexto particular de elocución. El mismo refiere no sólo a “qué se dijo” (el contenido semántico de las ideas), sino también a “cómo se dijo”, “quién lo dijo”, “dónde”, “a quién”, “en qué circunstancias”, etc. La comprensión del *sentido* supone un entendimiento del *significado*; sin embargo, ambos son de naturaleza muy distinta. El segundo pertenece al orden de la *lengua*, describe hechos o situaciones; el primero, en cambio, pertenece al orden del *habla*, implica la realización de una acción. Lo visto hasta aquí puede representarse como sigue:<sup>40</sup>

---

<sup>38</sup>Pocock, *Politics, Language, and Time*, 37.

<sup>39</sup>Por “enunciación” se entiende aquí la acción de enunciar; el “enunciado” sería el resultado de dicha acción.

<sup>40</sup>Fuente: Oswald Ducrot, *El decir y lo dicho* (Buenos Aires: Hachette, 1984), 31.



En el marco de nuestra discusión presente el punto crítico es que las “ideas” (en tanto que *proposiciones* o *statements*) son *verdaderas* o *falsas* (representaciones correctas o erradas de la realidad), pero nunca están “fuera de lugar”; sólo los *enunciados* lo están: el estar “fuera de lugar” es necesariamente una condición *pragmática*; indica que alguien dijo algo de un modo incorrecto, o que fue dicho por la persona equivocada, o en un lugar inapropiado, o en un momento inoportuno, etc. Inversamente, los *enunciados*, como tales, pueden eventualmente estar “fuera de lugar”, pero no ser *falsos* o *verdaderos*. Sólo las proposiciones lo son. Un enunciado particular puede quizás contener proposiciones falsas, pero aún así es “verdadero” (“real”) en tanto que tal. Los enunciados, de hecho, trascienden la distinción entre “ideas” y “realidad”: ellos son siempre “reales” como *actos de habla* (para decirlo con los términos de Austin). Esto explica una de las paradojas que señala Schwarz: que un enunciado contenga proposiciones falsas (“representaciones distorsionadas de la realidad”) y que aún así sea “verdadero”. Pero ésta no remite a ninguna particularidad brasileña o latinoamericana, sino a una facultad inherente al lenguaje.

Podemos sintetizar ahora el postulado fundamental que organiza este trabajo: la definición de un modelo que permita dar cuenta de la dinámica problemática de las ideas en América Latina, en la medida en que esto involucra una consideración de la dimensión pragmática del lenguaje, no puede realizarse con el tipo de herramientas conceptuales que Schwarz maneja (que son, en definitiva, las tradicionales de la “historia de ideas”). Sólo a partir de una consideración simultánea de las diversas instancias de lenguaje pueden establecerse relaciones significativas entre los textos y sus contextos particulares de enunciación, hallar un vínculo que conecte los dos canales de la “visión estereoscópica” (“análisis literario” y “reflexión social”) que propone Schwarz,<sup>41</sup> y convertir así a la historia intelectual en una verdadera empresa hermenéutica.<sup>42</sup> Si enfocamos nuestro análisis exclusivamente en la dimensión referencial de los discursos, no hay modo de trazar las marcas lingüísticas de su contexto de enunciación, puesto que, en efecto, las mismas no radican en este nivel. De allí, en fin, que, siguiendo los procedimientos habituales de la historia de ideas, no pueda hallarse en las “ideas latinoamericanas” ninguna marca que las particularice e

---

<sup>41</sup>Schwarz, “Adequação nacional e originalidade crítica”, *Seqüências*, 28.

<sup>42</sup>Las historias de “ideas” tradicionales, en cambio, están condenadas a oscilar entre lo obvio y lo indemostrable: dentro de sus marcos, mientras que el significado tanto del “texto” como del “contexto” aparecen, en su presencia inmediata, como absolutamente transparentes (el “texto” es simplemente “lo que tengo delante de mis ojos”, esto es, el conjunto de lo que en el mismo se afirma o se niega; al “contexto”, por su parte, lo debo ya conocer, su conocimiento me viene dado desde afuera), las hipótesis respecto de sus relaciones mutuas resultan (aún las más plausibles) siempre indemostrables. De allí que, como señala Pocock, en este tipo de aproximaciones, el trazado de las conexiones entre “textos” y “contextos” genera una circularidad lógica: los puntos de vista relativos a sus relaciones no son realmente (y nunca pueden ser) los resultados de la investigación empírica, sino que constituyen sus premisas (las que son subsecuentemente proyectadas como “conclusiones” de la misma). “El slogan”, dice Pocock, “de que las ideas deberían estudiarse en su contexto social y político corre, para mí, el riesgo de convertirse en pura palabrería. La mayoría de los que lo pronuncian suponen, a menudo inconscientemente, que ellos ya saben cuál es la relación entre las ideas y la realidad social. Comúnmente toma la forma de una teoría cruda de la correspondencia: las ideas en estudio se las supone que son características de aquella facción, clase o grupo al que su autor pertenecía, y se explica cómo tales ideas expresan los intereses, esperanzas, miedos o racionalizaciones típicas de dicho grupo. El peligro aquí es el de argumentar en círculos. De hecho es sumamente difícil identificar sin ambigüedad la adscripción social de un individuo, y aún mucho más la de una idea—siendo la conciencia algo siempre tan contradictorio—y uno tiende a sostener las suposiciones que uno hace respecto de la posición social de dicho pensador con las suposiciones que uno hace de la significancia social de sus ideas, y luego a repetir el procedimiento en la dirección contraria produciendo una definitivamente deplorable perversión metodológica” (Pocock,



identifique como tales: únicamente la consideración de la dimensión pragmática de los discursos permite comprender los mismos como *eventos* (actos de habla) singulares. En definitiva, la búsqueda de las determinaciones contextuales que condicionan los modos de apropiación, circulación y articulación de los discursos públicos nos conduce más allá de la historia de “ideas”.

### **De las “ideas” al “lenguaje”**

El enfoque en los *usos* de las ideas plantea también algunos problemas teóricos. Por ejemplo, al desplazar la atención de la *lengua* (el arco virtual de afirmaciones posibles dentro del mismo) al *habla* (su realizaciones efectivas particulares) se presta a terminar diluyendo las condiciones estructurales (es decir, aquellos datos más o menos rígidos y permanentes) que trascienden los contextos singulares de enunciación y determinan, en definitiva, la situación marginal de la cultura local. No obstante, esto no es necesariamente así. Por el contrario, el paso de una historia de las “ideas” a una historia del “lenguaje” ofrece eventualmente una nueva base para abordar el tipo de cuestiones que Schwarz se propuso tematizar. De todos modos, es cierto que hacerlo obligaría, al mismo tiempo, revisar aspectos fundamentales de su concepto. Un ejemplo ayudará a aclarar ambas cuestiones. Un modelo particularmente relevante en este sentido es el desarrollado por Iuri Lotman.<sup>43</sup> La aplicación de su concepto de “semiosfera” al análisis de la problemática planteada por Schwarz nos permitirá observar en qué sentido una aproximación centrada en los “lenguajes” puede proveer un marco más sofisticado para avanzar en su mismo proyecto, ilustrando al mismo tiempo la naturaleza de las limitaciones que le imponía su inscripción dentro de los marcos tradicionales de la historia de “ideas”.

---

*Politics, Language, and Time*, 105).

<sup>43</sup>Véase Iuri M. Lotman, *La semiosfera. I: Semiótica de la cultura y del texto* (Barcelona: Cátedra / Universitat de València, 1996) y *La semiosfera. II: Semiótica de la cultura, del texto, de la conducta y del*

La semiótica, como se sabe, es la disciplina que ha venido a ocupar en nuestros días el lugar que dejó vacante el eclipse de la retórica clásica. Ésta ha tratado de analizar sistemáticamente los procesos de intercambio simbólico. Su piedra de toque fue la definición de la unidad comunicativa elemental representada por el esquema “emisor -> mensaje -> receptor”. Sin embargo, para Lotman, ese esquema monolingüe resulta en un modelo abstracto, sumamente estilizado y estático, de los procesos de generación y transmisión de sentidos. Como él muestra, ningún “código”, “texto” o “lenguaje” (términos que usa en forma intercambiable) existe aislado; todo proceso comunicativo supone, dice, la presencia de al menos dos códigos y un operador de traducción. El concepto de “semiosfera” señala, precisamente, la coexistencia y superposición de infinidad de códigos en el espacio semiótico (lo que, en última instancia, determina su dinámica). Dicho concepto, como señalamos, representa una alternativa posible para reelaborar la modelo de Schwarz que rescate el núcleo “fuerte” de su propuesta original (y que su propia formulación llevó a diluir).

En primer lugar, el modelo de Lotman aclara un concepto que se encuentra sólo parcialmente articulado en los textos del crítico brasileño. Según afirma el semiólogo estonio, si bien todo código (v.g., una “cultura nacional”, una tradición disciplinar, una escuela artística o bien una ideología política) se encuentra en constante interacción con aquellos otros que forman su entorno, tiende siempre, sin embargo, a su propia clausura a fin de preservar su equilibrio interno u homeostasis. El mismo genera así una autodescripción o metalenguaje por el cual legitima su régimen de discursividad particular, recortando su esfera de acción y delimitando internamente los usos posibles del material simbólico disponible dentro de sus contornos. Y de este modo fija también las condiciones de apropiación de aquellos elementos simbólicos “extrasistémicos”: una “idea” correspondiente a un código que le es extraño no puede introducirse en él sin antes sufrir un proceso de asimilación al mismo. Esto muestra que, en definitiva, el

“canibalismo” semiótico no es una particularidad brasileña, y mucho menos una herencia cultural tupí, como imaginaba Oswald de Andrade.<sup>44</sup>

En este marco se comprende mejor la crítica primera de Schwarz al rechazo por parte de los nacionalistas a la “imitación” de los modelos “foráneos”, cuando señala que la imitación no alcanza a explicarse por sí misma, sino que deben buscarse en la propia realidad brasileña las condiciones que explican esa tendencia a adoptar conceptos extraños para describir (siempre impropriamente) a la realidad local. En definitiva, decía Schwarz, en el mismo acto de “imitar” la cultura brasileña hace manifiesta su naturaleza inherente. Pero ello también muestra que, como señalaba Carvalho Franco, nunca las “ideas” están realmente “fuera de lugar”, esto es, que nunca los intercambios comunicativos suponen meras recepciones pasivas de elementos “extraños”. Para ser asimilados, éstos deben ser (o volverse) “legibles” por la cultura que los ha de incorporar (de lo contrario, resultarían “irrelevantes” para la misma, “invisibles” desde su horizonte particular). La pregunta a que esta comprobación enfrenta a Schwarz puede formularse así: ¿cómo pueden las ideas ser asimilables como propias y extrañas al mismo tiempo? Aparentemente, la única forma de salvar la noción de los “desajustes locales” sería volver atrás en sus argumentos y postular la existencia de un cierto substrato más auténtico de nacionalidad a la que su propia cultura “superficial” fallaría en expresar o representar, que es precisamente lo que sostiene el discurso nacionalista. La alternativa obligada así sería o bien disolver la problemática relativa a la condición periférica de la cultura local, o bien volver a los marcos dualistas propios del nacionalismo. Existe, sin embargo, una tercera opción, que Schwarz esboza sin poder aún desarrollar consistentemente.

---

<sup>44</sup>En *Die Nationalitätetenfrage und die Sozialdemokratie* (1924), el líder socialista Otto Bauer sintetizó esta idea en su concepto de “apercepción nacional”. Su definición del mismo resulta sugestivamente similar a la idea de Oswald de Andrade del “canibalismo cultural”. Según afirma ésta, la “apercepción nacional” indica que “ninguna nación adopta elementos foráneos en forma inalterada; cada una los adapta a su ser total, y los somete al cambio en su proceso de adopción, de digestión mental” [Bauer, “The Nation”, en Gopal Balakrishnan, comp., *Mapping the Nation* (Londres: Verso, 1996), 68].

De hecho, la piedra de toque de su concepto lo señala un giro fundamental que él introduce en los modos de abordar la cuestión. Su interrogación original ya no referiría verdaderamente a la supuesta “extrañeza” de las ideas y la cultura brasileña sino, más bien, a cómo es que las mismas vienen eventualmente a ser percibidas como tales por determinados sectores de la población local. La referencia a las ideas de Lotman puede sernos de utilidad para aclarar también este punto. Como éste señala, si bien los procesos de intercambio cultural no involucran nunca una mera recepción pasiva de elementos “extraños”, y precisamente por ello, es inherente a éstos la ambivalencia semiótica, la que tiene dos orígenes. En primer lugar, las equivocidades resultantes del hecho de que los códigos (al igual que la semiosfera, considerada en su conjunto) no son internamente homogéneos: en su interior coexisten y se superponen (se encuentra cruzado por) infinidad de subcódigos que tienden, a su vez, a su propia autoclausura, haciendo no siempre posible la mutua traductibilidad. Por otro lado, esa misma apertura de los códigos a su entorno semiótico tiende también a producir permanentemente nuevos desequilibrios internos. A fin de volver asimilable un elemento externo, los sistemas deben adecuar su estructura interna al mismo, reacomodar sus componentes, desestabilizando así constantemente su configuración presente. Esto se ligaría a lo que Jean Piaget estudió bajo la rúbrica de procesos de *asimilación* y *acomodación*, a los que definió como los mecanismos fundamentales para la equilibración-desequilibración de las estructuras cognitivas.<sup>45</sup> Siguiendo este concepto, cabría decir que las ambivalencias son causa y efecto al mismo tiempo de los desequilibrios. Los desarrollos desiguales producen necesariamente asimetrías entre los códigos y subcódigos (jerarquías y desniveles en cuanto a relaciones de poder), lo que conlleva siempre, en todo proceso de intercambio, la presencia de cierta *violencia* semiótica (operante tanto en los mecanismos de estabilidad de los sistemas como en los impulsos dinámicos que dislocan los mismos), y deriva en compensaciones simbólicas insuficientes.<sup>46</sup>

---

<sup>45</sup>Véase Piaget, *La equilibración de las estructuras cognitivas* (México: S. XXI, 1978).

<sup>46</sup>La idea de la compensación simbólica como el procedimiento que permite la reversibilidad de las

Lo que Schwarz percibe como la determinante última de la “particularidad latinoamericana” (la interacción problemática entre “centro” y “periferia”) cabría comprenderla, pues, como una expresión de tales desarrollos desiguales e intercambios asimétricos en el ámbito de la cultura, que resulta en un doble fenómeno. Por un lado, en la periferia de un sistema los códigos serían siempre más inestables que en el centro, por lo que sus capacidades de asimilación resultarían relativamente más limitadas. Por otro lado, la distancia semiótica que los separa respecto del centro haría que las presiones para su acomodación sean allí más fuertes. Vistas desde esta perspectiva, las posturas de Carvalho Franco y de Schwarz pierden su carácter antagónico. Ambas estarían enfatizando, respectivamente, dos aspectos diferentes e igualmente inherentes a todo fenómeno de intercambio cultural. Mientras que el concepto de Carvalho Franco se enfoca en los mecanismos de *asimilación*, el de Schwarz se concentraría en los procesos de *acomodación* a que aquéllos suelen, a su vez, dar lugar (y a las inevitables tensiones internas que éstos generan).

La anterior reformulación del concepto de Schwarz condensa el núcleo de su propuesta teórica.<sup>47</sup> Sin embargo, lleva al mismo tiempo ya implícita la revisión de la misma en tres aspectos fundamentales. En primer lugar, en esta perspectiva lingüística, los “centros” y las “periferias” no son algo fijo y estable; éstos varían en el tiempo y en el espacio. Determinar los mismos no es, de hecho, una tarea sencilla. No sólo éstos se desplazan históricamente, sino que, incluso en un mismo momento dado, son siempre

---

estructuras cognitivas (sin lo cual no existe ningún conocimiento verdadero) fue desarrollado por Piaget en el texto antes mencionado, *La equilibración de la estructuras cognitivas*.

<sup>47</sup>En “Discutiendo com Alfredo Bosi” (1993), Schwarz se aproxima más claramente a esta formulación. Allí discute la idea de Bosi de “filtro” cultural [Bosi, *Dialéctica de la colonização* (San Pablo: Companhia de Letras, 1992)]. Según afirma, la misma “tiene méritos claros, en cuanto que supera los modelos mecánicos o aleatorios de difusión del pensamiento. En especial, las relaciones profundamente asimétricas entre países ricos y países pobres /.../ pasan a ser vistas con mayor humanidad, y mayor certeza, puesto que en lugar de una importación directa y unilateral nos hace notar la eficacia, incluso involuntaria, de la constitución interna de la parte débil, que nunca es completamente pasiva” (Schwarz, *Seqüências*, 83). Pero, al mismo tiempo, indica que la asimilación de elementos extraños nunca es completa por la misma circunstancia (que la noción de filtro tiende a desconocer) de que toda cultura nacional forma parte de un sistema internacional estructurado por “condiciones y antagonismos globales,

relativos (lo que es un centro en un respecto, bien puede ser periférico en otro respecto;<sup>48</sup> los centros y periferias contienen, a su vez, sus propios centros y periferias; etc.). Resulta, pues, simplista y, en definitiva, engañoso hablar de “centros” y “periferias” como si fueran entidades homogéneas y fijas, es decir, objetos cuya naturaleza y características puedan determinarse *a priori* (lo que conduce a una visión abstracta y genérica de “Europa” y “América Latina”, y de sus relaciones mutuas).

En segundo lugar, los desajustes semióticos no se sitúan aquí al nivel del componente semántico. No se trata de que las ideas “representen inadecuadamente la realidad”; los desequilibrios no remiten, en este contexto, a la relación entre “ideas” y “realidades” (concepto que tiene siempre implícito—al menos como contrafáctico—el ideal de una sociedad completamente orgánica, en la que “ideas” y “realidades” converjan), sino a la de las ideas respecto de sí mismas. Y este tipo de dislocaciones resultan, efectivamente, inevitables. Las mismas derivan, como vimos, de la coexistencia y superposición, en un mismo sistema, de códigos heterogéneos entre sí. Esto determina que, si bien nunca las ideas están “fuera de lugar” (puesto que el significado de las mismas no preexiste a sus propias condiciones de inteligibilidad), éstas están, al mismo tiempo, siempre “fuera de lugar” (dado que todo sistema alberga protocolos contradictorios de lectura); más precisamente, las mismas se encuentran “siempre parcialmente desencajadas”. Y ello es así no porque las ideas e instituciones extrañas no puedan eventualmente adecuarse a la realidad local (de hecho, siempre están, en un sentido, “bien adecuadas”), sino porque dicho proceso de asimilación es siempre conflictivo debido a la presencia, en el interior de cada cultura, e interacción entre pluralidad de agentes y modos de apropiación (“una sociedad plural y compleja” dice Pocock, “habla un lenguaje plural y complejo; o, más bien, una pluralidad de

---

sin cuya presencia las diferencias locales y nacionales no se entienden” (*Ibid.*, 84).

<sup>48</sup>Además, aunque existe una evidente correlación entre economía y cultura, tampoco puede afirmarse que los “centros económicos” coinciden siempre con los “centros culturales”. Estados Unidos, por ejemplo, aún después de convertirse en un gran centro económico mundial, siguió siendo periférico culturalmente (y aún hoy lo es en algunas áreas).

lenguajes especializados, cada uno portando sus propias pautas para la definición y distribución de autoridad”).<sup>49</sup> En este marco, pensar que las ideas pudieran encontrarse completamente desencajadas implicaría afirmar un estado de completa *anomia* (la disolución de todo sistema), el cual no es nunca verificable empíricamente (aún el estado de guerra civil presupone reglas). Por el contrario, imaginar un estado en el que éstas estuvieran perfectamente encajadas equivaldría a suponer un sistema completamente orgánico, un orden totalmente regimentado que ha logrado eliminar todas sus fisuras y contradicciones internas (fijar su metalenguaje), algo que no es nunca tampoco posible en sociedades relativamente complejas.

La percepción social respecto de la “extrañeza” de la cultura brasileña señalada por Schwarz se explicaría así como una expresión de los desajustes producidos por esta dinámica compleja de los procesos de adquisición cultural. Dicha “extrañeza” no se trataría simplemente de un dato que la “opinión popular” recoge (como piensan los nacionalistas), una mera comprobación empírica, sino (como sugiere eventualmente Schwarz) una resultante de las ambivalencias que se desencadenan en el mismo proceso de producción, transmisión y apropiación de los discursos. No cabría ya hablar de “ideas fuera de lugar”, categorías que estarían, por su propia naturaleza, desajustadas respecto de la realidad local (dando lugar a representaciones distorsionadas de la misma). Los desajustes serían, más bien, una expresión del hecho de que toda asimilación es siempre contradictoria. Y esto nos conduce al tercer aspecto, que constituye, en realidad, aquél verdaderamente problemático puesto que escapa ya definitivamente a las posibilidades de tematización implícitas en el concepto del brasileño.

El tercer aspecto que la introducción de la consideración de la dimensión pragmática del lenguaje nos obliga a revisar del concepto de Schwarz radica en el hecho de que, como se sigue de las consideraciones anteriores, no sólo las “ideas” no

---

<sup>49</sup>Pocock, *Politics, Language, and Time*, 22.

están nunca completamente desencajadas o “fuera de lugar” (puesto que en ese caso, carentes de condiciones apropiadas de recepción, se tornarían irrelevantes—invisibles—para el código dado), que es, en definitiva, lo que el propio Schwarz señala, sino que, además, el sentido de sus desajustes no podría tampoco definirse sino sólo en función de un código particular. Esto es, que la determinación de las ambivalencias, para un sistema dado, es ella misma equívoca, una función de un contexto pragmático particular de enunciación. No existe *un* “lugar de la realidad” en el que se pueda determinar—taxativa y objetivamente—qué “ideas” se encuentran “fuera de lugar” y cuáles no. En definitiva, la definición de qué está “fuera de lugar” y qué está “en su lugar apropiado” es ella misma parte ya del juego de los equívocos (como vimos, para los propios actores, los “irrealistas” son siempre los “otros”). Y esto redefine completamente el objeto de la historia intelectual local. De lo que se trataría entonces es comprender qué es lo que se encuentra “fuera de lugar” en cada contexto discursivo particular: cómo es que ciertas ideas o modelos vienen a aparecer como “extraños” o inapropiados para representar la realidad local, y no otras; cómo ideas y modelos que para *ciertos sujetos* les resultan “apropiados”, para otros aparecen como “extraños”; cómo, finalmente, ideas o modelos que, en determinadas circunstancias y para ciertos actores, aparecieron como “extraños” se revelan eventualmente como “apropiados” para esos mismos actores (e inversamente, cómo ideas y modelos que parecieron “apropiados” se les tornan “extraños”). El ejemplo clásico de Schwarz, el de la Constitución brasileña de 1824, resulta aquí también ilustrativo.

Siguiendo el texto de la *Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano*, dicha carta afirmarí­a que todos los hombres nacidos en suelo brasileño eran libres e iguales. Como señala Schwarz, tal declaración, repetida en un país en que aproximadamente un tercio de la población era esclava, generaba evidentes contradicciones. En todo caso, representaba una grosera distorsión de la realidad. Se trataría, en fin, de una expresión más de la serie de desajustes producidos por la introducción de las ideas liberales en un contexto en que no existían las condiciones sociales que le dieron origen. Sin embargo, la misma no era *necesariamente*



contradictoria con la existencia de la esclavitud. Ésta es tal *sólo bajo el supuesto de que los esclavos son sujetos de derecho*, que es lo que el discurso esclavista precisamente niega. El que dicha declaración nos resulte contradictoria con la existencia de la esclavitud, en definitiva, sólo revela nuestras propias creencias presentes al respecto (es decir, refleja el hecho de que para nosotros *todos* los seres humanos, incluidos los esclavos, son sujetos de derechos; en fin, que no participamos del discurso esclavista), lo que no es relevante desde un punto de vista historiográfico. Sin embargo, Schwarz está aún en lo cierto cuando afirma, en contra de Carvalho Franco, que tal declaración estaba “fuera de lugar”. Por supuesto, no importa aquí qué pensamos nosotros al respecto. El punto aquí es que ésta efectivamente pareció así para los propios actores (o al menos, para algunos de ellos), y que en el curso del siglo diecinueve esta percepción se difundió rápidamente (especialmente, en la segunda mitad de siglo). Lo que se contrapusieron entonces no fueron “ideas” con “realidades”, sino dos discursos opuestos (como señala Lotman, la generación de contradicciones o ambivalencias semióticas supone siempre la presencia de al menos dos códigos heterogéneos entre sí) que, en determinadas circunstancias, entraron en contacto y colisionaron. En todo caso, lo cierto es que la “des-ubicación” de dicha carta no era algo “natural” o fijo (que fue y se mantuvo así desde el momento mismo de su instauración), ni algo que surgía inmediatamente de la propia letra de la declaración cuando se la contrastaba con la “realidad” social de su tiempo, sino un resultado histórico, el producto (contingente) de una serie de desarrollos desiguales que determinaron las condiciones particulares de articulación pública de los discursos en ese país y en ese periodo. En definitiva, su estar “fuera de lugar” no se puede comprender fuera del proceso de descomposición que sufre por entonces la institución esclavista (en un país cuya economía sigue, sin embargo, funcionando sobre la base de ésta). Refleja, en fin, cómo las premisas del discurso esclavista estaban siendo socavadas.

Volvemos así a una definición centrada en los contenidos semánticos de los discursos (las “ideas”) pero desde una perspectiva que incorpora ya la consideración de la dimensión pragmática de los mismos. Ella muestra por qué la pregunta sobre si las

ideas liberales estaban en Brasil “fuera de lugar” no es una a la que se pueda responder simplemente por sí o por no. La misma lleva, en fin, a trasladar nuestro enfoque a un plano distinto de análisis (un movimiento que Schwarz esboza sin alcanzar a concretar). La historia de las “ideas parcialmente desencajadas” cabe definirla como una suerte de historia de las “ideas de las ideas-fuera-de-lugar”, una historia de un segundo orden de ideas, en fin, una historia de los lenguajes y sus modos de articulación, circulación y apropiación social.

En síntesis, podemos afirmar que el concepto de Schwarz de las “ideas fuera de lugar”, así reformulado, es decir, reinterpretado en términos de las “ideas siempre parcialmente desencajadas”, resulta aún sumamente esclarecedor de los fenómenos de intercambio simbólico, y, en particular, de la dinámica desigual de los desarrollos culturales en América Latina, ofreciendo una herramienta más sofisticada de análisis que la que provee el esquema de “modelos” y “desviaciones” dentro del cual el propio Schwarz hubo de inscribir su propuesta teórica. Dicho esquema, en definitiva, denuncia un concepto lingüístico pobre, intrínseco a la “historia de ideas”, que reduce el lenguaje a su función puramente referencial. Y esto genera aquella contradicción fundamental presente en su aproximación; esto es, lo lleva a analizar las ideas en términos de significados y proposiciones (contenidos semánticos) atribuyéndole funciones que son propias, sin embargo, de su uso (la dimensión pragmática). De todos modos, su concepto puede aún distinguirse y desglosarse de sus presupuestos lingüísticos. Según vimos, la apelación a modelos lingüísticos más complejos permitiría rescatar el núcleo “fuerte” de su propuesta original (que es definitivamente mucho más interesante que su versión debilitada más difundida) y reelaborarlo evitando la recaída en el tópico tornando a éste mismo en objeto de análisis pasible de escrutinio crítico; en fin, “desnaturalizarlo”, “desfamiliarizarlo”.

En última instancia, esta sofisticación del esquema interpretativo propuesto por Schwarz no sólo es una de las direcciones posibles en las que el mismo puede desarrollarse, sino que, en un sentido, resulta mucho mejor compatible con los presupuestos antiesencialistas implícitos en su propia intervención polémica, evitando

así el tipo de contradicciones que generaba el concepto lingüístico exclusivamente referencialista dentro del cual su propuesta original se desplegaba. El precio que debemos pagar por esta sofisticación argumental, sin embargo, es el de renunciar a toda expectativa a hallar algún rasgo genérico, sencillamente formulable, que identifique a la historia intelectual local latinoamericana; esto es, de llegar a descubrir alguna característica particular en su dinámica que sea común a los diversos tipos de discursos, a lo largo de los diversos periodos e igualmente perceptible en todos los países de la región (y que, a su vez, distinga esta dinámica de la de aquellos discursos pertenecientes a todos los demás continentes y regiones); desistir, en fin, de la pretensión de poder definir, independientemente de su contexto particular de enunciación, qué ideas están fuera de lugar, y en qué sentido lo están en América Latina. El núcleo del argumento que aquí se presenta se encuentra, en fin, ya perfectamente sintetizado en una frase de Schwarz aparecida en un artículo de 1969-70 cuando discutía el movimiento “tropicalista” (pero que vale también para su propia fórmula): “La generalidad de esta marca [el tropicalismo] es tal”, decía allí, “que ella comprende a todos los países del continente, en cada estadio de su historia—lo cual es un defecto: ¿Qué puede decir acerca de Brasil en 1964 una fórmula que puede es igualmente aplicable a, digamos, la Argentina del siglo XIX?”.<sup>50</sup>

---

<sup>50</sup>Schwarz, *Misplaces ideas*, 143-4